

El Hombre Brújula

y otras fábulas para
no perderse en la vida

CARLOS POSTIGO

ILUSTRACIONES: SOFÍA MONTORO



KOLIMA
BOOKS

Título original: *El Hombre Brújula y otras fábulas para no perderse en la vida*

Primera edición: Octubre 2018

© 2018 Editorial Kolima, Madrid

www.editorialkolima.com

Autor: Carlos L. Postigo Moreno

Ilustraciones: Sofía Montoro Prieto

Dirección editorial: Marta Prieto Asirón

Maquetación de cubierta: Sergio Santos Palmero

Maquetación: Sergio Santos Palmero

ISBN: 978-84-17566-03-6

Depósito legal: M-30489-2018

Impreso en España

No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares de propiedad intelectual.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45).

A todos aquellos que están y siguen buscando ser.

INDICE

Prólogo	7
Francisco el barrendero	13
Croo por una muda	19
El Hombre Brújula.	23
El anciano	27
La gallinita quería volar.	31
El Troll que no era un Troll	33
El Amigo del Señor Lágrima	37
El Viaje Único de Grano de Arena	39
Puerta Cerrada.	43
La nota necesaria.	47
La Doble Personalidad de la Luz	49
La Señora Estufa no caliente.	51
Los amigos del trece	55
Carta de Llaga.	57
Chaqueta y Desnudo	61
Pequeña mota de polvo	65
Náufrago	69
Anduvimos cerca del miedo	73
El Ego y yo.	77
El matrimonio Perezón	79
El Número Ecologista.	83

X y X.	87
La Reencarnación de la Paradoja	91
Contraste filosófico-vivencial del Amor	95
Dios-Ser Humano	97
Elegir el Egoísmo	99
Dos minutos	101
Saulino se va	105
Mi hijo la Alondra.	109
El amo esclavo	111
Carta del niño Martín.	113
Corriendo Desvestido	115
Con la muerte al frente.	119
Viaje a lo hondo	121
Era la hora	123
Agradecimientos	125

PRÓLOGO

Apreciar la notoriedad de este título tan acertado es de vital importancia para adentrarse en los recovecos de estas pequeñas historias acerca de la naturaleza humana. Un conjunto de moralejas dirigidas a la introspección y entendida esta como un viaje temporal, único e irrepetible: el viaje de una persona en busca del sentido propio del viajar.

El viaje compone la narrativa de las grandes historias universales, como *La Odisea* o *El Quijote*. También en la filosofía, la búsqueda del sentido se nutre de numerosos elementos del viaje. El mito de la caverna de Platón es el intento de hacernos conscientes de nuestra condición humana. La luz, como guía, es la que nos permite esclarecer el sentido; una luz que muchas veces se ve entorpecida por las sombras en la cueva, las apariencias de este mundo que nos distraen a la hora de enfrentar esta

condición tan extraña en la que estamos. El puerto, metáfora que tanto utilizó San Agustín en sus escritos, es otro elemento esclarecedor. Un barco, perdido en el océano, que busca en medio de la vastedad el refugio de la costa. Estos elementos del viaje vienen acompañados de las fábulas, una forma narrativa de gran utilidad. Las fábulas son esa luz, ese puerto, que nos ayuda en la búsqueda de sentido, una búsqueda que comenzó hace miles de años y que no cesa de perseguirnos. Mientras existamos, el ser humano no puede dejar de preguntarse.

La condición humana es un hecho fascinante. Un ser que se hace consciente interiormente a través del íntimo diálogo, y que sale de sí hacia el mundo. Ya desde tiempos de Aristóteles dicha condición estaba marcada por la admiración. Admirarse por el hecho de la consciencia del vivir, por la capacidad que tenemos de hacernos preguntas que involucran lo más íntimo de nuestra alma y al mismo tiempo a todos los seres humanos. Es decir, la pregunta se la hace uno mismo, en el si-

lencio, pero dicha pregunta se ha pronunciado y se pronunciará a lo largo de toda la Historia. ¿Qué es más sorprendente entonces? ¿La propia pregunta o la capacidad de preguntarnos?

La introspección viene determinada por la pregunta y el problema es que la vida es demasiado corta para poder contestarla. Sin embargo, no podemos obviar que la pregunta es un punto de partida. ¿Hacia dónde? De eso se trata el vivir, de un viaje. Y no se puede viajar sin una orientación. El mayor drama humano se resume en esta frase de la fábula *Dos minutos*: «Tuve toda una vida para preguntar, pero me conformé con las respuestas. Ahora muero sin saber las preguntas».

Ser conscientes de nuestro existir es ya una curiosidad que no puede cesar, porque la respuesta vive hasta que la muerte nos recoge. De ahí el gran misterio humano, que no puede responder a la gran paradoja en la que se encuentra.

¿Quién soy? Este es el gran interrogante de la obra. El descubrimiento de la identidad se hace

patente a través de las dos miradas humanas. En primer lugar, la mirada hacia la Historia. No se entiende aquí la Historia como disciplina científica, sino más bien en relación al ámbito personal, más íntimo. La historia de un ser humano, con sus logros y fracasos, con su capacidad de iluminar al mundo o enterrar la luz en las más oscuras profundidades de su ser. De ahí la evidencia de nuestra libertad. Esa mirada personal hacia los demás nos orienta en esa búsqueda del sentido. En cierta manera, todos somos brújulas para otros, es decir, ejemplo. Y lo fascinante de nuestra historia va más allá, ya que a pesar de nuestra naturaleza y la meta que compartimos en común, nadie puede hacer su camino si no lo hace por sí mismo. Es imposible apropiarse de la libertad del otro, por mucho que lo coaccionemos exteriormente. Viktor Frankl, psiquiatra austriaco y autor de *El hombre en busca de sentido*, expresa muy bien esta idea de la imposibilidad de apropiarse de la libertad: «Al hombre se le puede arrebatar todo salvo una cosa: la última de las libertades humanas -la elección de

la actitud personal ante un conjunto de circunstancias- para decidir su propio camino».

De aquí, la segunda mirada, la mirada hacia la intimidad de uno mismo. Somos únicos e irrepetibles. Personalmente me gusta mostrar esta mirada con la cima de una montaña. Nos encontramos en el lomo, en las praderas, contemplando la cima ante nuestras cabezas, casi petrificada, intacta, a pesar de la fuerza del tiempo. Lo más grande es ser consciente de que el viaje lo haces tú, y que la experiencia del viajar solo puede florecer en tu interior. ¿Quién soy pues? La búsqueda comienza aquí, con la agradable compañía de las fábulas, en diálogo con uno mismo, sin perder de vista el ejemplo de los demás.

Pablo Gasull

En el camino de la Filosofía y el Periodismo

FRANCISCO EL BARRENDERO

Francisco el barrendero era un hombre muy tenaz. Todas las mañanas, antes del amanecer, limpiaba las aceras por las que sus vecinos iban a trabajar. Se esforzaba para que cada baldosa reluciera como si hubiera sido puesta ahí esa misma noche. Se aplicaba en pasar el cepillo, echar agua, vaciar las papeleras, todo con el afán de hacer más brillantes los despertares de sus ciudadanos.

Pero Francisco tenía un problema. Cuando llegaba a casa, se quedaba mirando las paredes de su cuarto de estar y no sabía cómo limpiar las manchas de humedad que aparecían todas las noches. Las primeras veces que empezaron a salir fue en sus inicios como barrendero y no se preocupó puesto que lo achacaba a deformaciones de la estructura, luego a su falta de experiencia y por

último a los tipos de productos que usaba. Francisco cada vez se afanaba más en hacer lo mejor posible su trabajo y trataba de aplicar su experiencia a su propia casa. Pero no resultaba. Todas las mañanas, a su vuelta, las manchas siempre estaban ahí.

Una mañana la ciudad despertó sucia: las ace-
ras estaban llenas de chicles, las papeleras repletas
de papeles; las gentes tenían que ir haciendo eses y
dando saltos para no mancharse. El ambiente esta-
ba gris y olía mal. El sol parecía que se había ocul-
tado detrás de una nube de hedor insano. Aquella
tarde, todas las personas parecían más lóbregas
que nunca y sus trabajos se quedaron a medio ha-
cer. ¿Qué había sucedido?

Francisco no fue a trabajar. Aquella mañana
se quedó tumbado en la cama mirando fijamente
la pared sin saber qué hacer; no podía apartar la
vista, estaba inmóvil. Sabía que una fuerza extraña
lo ataba a aquel muro atrayéndolo. Así pasó un
día, otro y otro. La ciudad enmudeció, la luz se
extinguó y la alegría dejó de cantar.

Una mañana, Francisco se dio cuenta de que la humedad de sus lágrimas estaba ajando su piel y se preguntó de dónde procederían esas minúsculas gotas de agua. Cayó en la cuenta de que se formaban muy adentro de su corazón, por lo que entusiasmado se levantó de la cama y empezó a picar la pared fervorosamente; despegó el papel, quitó el yeso y rompió el ladrillo. Cuanto más grande era el agujero más sentía el frescor del agua que le subía a su cara. Abrió el suelo, tiró paredes y, despejando el terreno de escombros e inmundicias, descubrió un pequeño charquito que formaba el manantial con el agua más pura y cristalina que jamás había sentido. Bebió y su sabor deshizo la sal de las lágrimas.

Volvió al trabajo. Ahora regaba las calles de la ciudad con agua del manantial, creando sonrisas de felicidad en sus ciudadanos todas las mañanas. Además, construyó la fuente más hermosa que jamás se había visto en la ciudad, dejando al descubierto el pequeño charquito para que nunca se olvidara cuál era el bello origen de la insana humedad.



